



ALCANZANDO TUS METAS SE CUMPLIRAN TUS SUEÑOS...

MANUAL IDENTIDAD DE GÉNERO



LA IDENTIDAD SEXUAL

Cuando hablamos de identidad nos referimos a la conciencia del YO, que es el núcleo permanente de la IDENTIDAD. Yo he sido, soy y seré siempre yo, nunca otro, el mismo, más allá de los posibles cambios más o menos importantes. Dicho de otro modo, el Yo no cambia en cuanto tal, no cambia en lo que tiene de esencial, lo que me define como persona existiendo. Solo una persona psicótica puede tener este tipo de delirios. Pero éste no es el tema de este trabajo. Esta identidad se expresa en otras categorías permanentes del self, del yo mismo, entre las que destacan la siguientes: soy corporal, soy mental, soy temporal, soy emocional-afectivo, soy sexual, etc. Fíjese el lector que no decimos tenemos un cuerpo, tenemos mente, tenemos sexualidad, tenemos emociones y afectos. Sino que decimos “somos” porque el Yo no está en el aire, no es un núcleo al que se añaden estas cosas, sino que estas categorías son permanentes, porque uno mismo no existe sin cuerpo, sin mente, sin afectos o sin sexualidad.

Lo que no necesariamente es estable y permanente. Cambios en términos y conceptos.

A partir de aquí, las cosas cambian de una forma sustancial, porque hay seres humanos con características corporales, mentales, afectivas y sexuales muy diferentes. Y, además, con alguna frecuencia, estas características pueden cambiar a lo largo de la vida. Es así como llegamos al tema concreto que nos ocupa: la identidad sexual, el transexualismo, el transgénero, etc

Es verdad que, desde el punto de vista estadístico, la mayoría de las personas tienen una fisiología sexual definida claramente como hombre o como mujer, y se saben, reconocen y sienten hombre o mujer, en correspondencia directa con su fisiología. En este caso, decimos que tienen una IDENTIDAD SEXUAL que se corresponde con la biología de su cuerpo. Se miran, tocan, sienten y se dicen: soy un hombre, soy una mujer, asignación que normalmente hacen los adultos de los niños y niñas al nacer y que los menores empiezan a reconocer, como veremos a finales del segundo año de vida.

En muchos casos, pero no de forma tan generalizada, como en el caso de la identidad sexual, las personas suelen aprender y asumir el ROL que la sociedad asigna como propio de los hombres y las mujeres. Tradicionalmente el planteamiento que se hacía era el siguiente:

- Somos sexuados y hay dos sexos biofisiológicos, el del hombre y el de la mujer



ALCANZANDO TUS METAS SE CUMPLIRAN TUS SUEÑOS...

- Solo puede haber dos identidades, dos juicios sobre la propia identidad: soy hombre o soy una mujer.
- La orientación del deseo siempre ha de ser heterosexual.
- Los roles sexuales son dos: el masculino y el femenino y deben corresponderse con el sexo.

Luego un hombre biológico se sabrá y sentirá hombre, deseará a las mujeres y será masculino en su forma de estar en la sociedad. Una mujer biológica, se sabrá y sentirá mujer, le gustarán los hombres y será femenina en su rol social. Pero este planteamiento no es científico. Lo cierto es que es muy importante comprender que el Yo nos da unidad, estabilidad y exclusividad, que somos de una determinada manera como especie (corporal, sexual, mental y emocional-afectiva), pero que más allá de eso somos muy diversos, y tenemos la obligación de aceptar y ayudar a toda persona a sentirse lo mejor posible, a alcanzar su bienestar. Solo debemos ser intolerantes con la diversidad intolerante; por ejemplo, la homofobia, la transfobia.

El proceso de adquisición de la identidad sexual

La asignación de identidad, rol-género orientación del deseo. La uniformidad convencional de la socialización de los dos sexos.

Las crías de la especie humana son socializadas como niños o niñas, cada vez de forma más temprana. Algunas parejas ya deciden dar vida no a una nueva persona, sino explícitamente a un niño o una niña. Esta manera de proceder no está permitida ni generalizada entre nosotros, pero ya se puede “comprar el sexo de los hijos”, si uno está dispuesto a pagar lo que piden en algunos lugares del mundo. Es el sexo como elección básica o como condición para que un determinado embrión se le deje seguir adelante. Quienes hacen esto, obviamente, tienen una idea bien biológica y sexista de lo que es un hombre y una mujer, porque si no fuera así, no estarían tan motivados por definir el sexo de su descendencia.

Casi todos los padres y madres intentan saber, cuanto antes, cual es el sexo de su cría, para ello recurren a técnicas hoy generalizadas, ecografías que permiten ver los genitales.

Conocido el sexo de los hijos se organiza lo que será su habitación (cuna, cortinas, ropa de cama, pintura de la habitación, etc.) y se compra la ropa, los juguetes, etc., siguiendo las convenciones sexistas.

Es decir, antes de nacer, ya les espera un mundo organizado hasta el mínimo detalle de forma sexista: un mundo para un hombre o un mundo para una mujer.



ALCANZANDO TUS METAS SE CUMPLIRAN TUS SUEÑOS...

Cuando nacen, confirman el sexo visualmente y comienza un sistema de trato que es una clara socialización sexista desde muchos puntos de vista:

- Nombre sexuado, de niño o niña. Esta asignación es tan importante que no sabemos relacionarnos con una cría humana sin saber “qué es”.
- Asignaciones sexuadas. Este es el aspecto de la socialización más ladino y seguramente más conformador, porque reúne todas las expectativas sobre un ser humano. Un mundo de convenciones que se le presentan como un modelo deseable.
- Trato diferente: verbal, táctil, etc. Lenguaje sexista lleno de significados sexistas y formas de acariciar distintas: más suaves con las niñas, más fuertes con los chicos.
- Un mundo organizado en sexos que afecta a la figura corporal, a los adornos, a los vestidos, a los juguetes, a los juegos, a las actividades familiares y escolares, a las profesiones que se espera y facilita, etc.
- Una moral sexuada, incluso desde la primera infancia. Una moral que es una doble moral, aun hoy día

<https://www.redalyc.org/pdf/167/16731690027.pdf>

Estereotipo

Existe un amplio acuerdo en considerar a los estereotipos en general como el aspecto cognitivo del prejuicio (Dovidio, Evans y Tyler, 1986). Los estereotipos influyen en el procesamiento de la información sobre los grupos sociales (Dovidio et al., 1986), así como sobre nuestro comportamiento y el de los demás (ej., Heilman, 2001; Steele, 1997). Centrándonos en los estereotipos de género, éstos son uno de los tipos de creencias que, junto con la identidad e ideología de género, subyacen a las conductas discriminatorias basadas en la categorización de una persona como mujer u hombre (Barberá, 1998; Moya y Puertas, 2003). Por estereotipos de género se entiende el conjunto estructurado de creencias compartidas dentro de una cultura o grupo acerca de los atributos o características que posee cada género (Moya, 2003). Según la teoría del rol social (Eagly, 1987; Eagly, Wood y Diekmann, 2000; Eagly, Wood y Johannesen-Schmidt, 2004), las creencias estereotípicas sobre los grupos de género surgen porque al observar que cada grupo realiza roles sociales diferentes se infiere la existencia de disposiciones internas distintas. Estas creencias, el proceso de socialización y los procesos individuales favorecen la aparición de comportamientos diferenciados entre mujeres y hombres, y en consecuencia el mantenimiento de estos estereotipos. Además, los estereotipos de género conllevan importantes consecuencias negativas pues limitan el desarrollo integral de s personas,



influyendo sobre sus preferencias, desarrollo de habilidades, aspiraciones, emociones, estado físico, rendimiento, etc. Estas consecuencias recaen indudablemente en mayor medida sobre las mujeres, favoreciendo además, su vulnerabilidad para ser víctimas de violencia. Dada la importancia de los estereotipos de género en los procesos discriminatorios, resulta esencial saber si el contenido de estos estereotipos permanece estable o si se ha producido algún cambio. En este estudio, nos proponemos identificar los estereotipos de género que se mantienen vigentes en la actualidad, es decir, pretendemos señalar aquellas características que se asignan de manera diferencial a cada grupo de género.

El contenido de los estereotipos de género es multifacético, si bien su estudio se realiza principalmente a partir de los rasgos de personalidad, en los que se distinguen las dimensiones fundamentales de instrumentalidad y expresividad (ej., Bem, 1974; López-Sáez y Morales, 1995; Spence, Helmreich y Stapp, 1974) o de agente y comunalidad (ej., Eagly, 1987; Glick y Fiske, 2001). Generalmente, tanto la hetero-percepción como auto-percepción de estos rasgos coincide con que los atributos considerados instrumentales o agentes (ej., independiente, asertivo, autoeficaz, orientado al logro) se asocian más a los hombres, mientras que los atributos expresivos o comunales (ej., cariñosa, afectuosa, amable, orientada a los demás) se asocian más a las mujeres. Además, los estereotipos de género contienen un carácter tanto descriptivo (describen cómo son los grupos de género) como prescriptivo (indican cómo deben ser estos grupos), este último en mayor medida que otros grupos sociales (ej., Burgess y Borgida, 1999; Eagly, 1987; Fiske y Stevens, 1993). Las normas prescriptivas sobre los grupos de género cen severas consecuencias sobre su aceptación y posible cambio (ej., López-Sáez y Lisbona, 2009). Así, la diferenciación estereotípica de hombres y mujeres conlleva importantes consecuencias para el mantenimiento del sistema basado en el género (Jackman, 1994). Por un lado, se favorece la naturalización de las diferencias, tratando a cada grupo como si realmente fuera más apropiado para ocupar los roles prescritos por la sociedad (Hoffman y Hurst, 1990; Jost y Hamilton, 2005). Por otro lado, el carácter aparentemente favorable del estereotipo femenino y la valoración positiva que la sociedad realiza de algunos roles asociados con las mujeres (ej., cuidar de la familia), dificulta que éstas rechacen dicho sistema.

Aunque el contenido de los estereotipos de género se encuentra ampliamente compartido por diferentes culturas (ej., Williams y Best, 1982, 1990), y a pesar de que su carácter prescriptivo favorece el mantenimiento de los mismos, diferentes investigaciones han analizado la dinámica de estas creencias observando su evolución en diferentes momentos temporales, así como la influencia de diferentes características sociales y culturales en su estabilidad (ej., Castillo-



Mayén y Montes-Berges, 2007; Diekman y Eagly, 2000; Diekman, Eagly, Mladinic y Ferreira 2005; López-Sáez, Morales y Lisbona, 2008; López-Zafra, García-Retamero, Diekman y Eagly, 2008; Montes-Berges, 2002; Moya y Pérez, 1990; Spence y Buckner, 2000). Según la teoría del rol social (Eagly, 1987; Eagly et al., 2000; Eagly et al., 2004), se espera que un cambio en los roles sociales se traduzca en un cambio en los estereotipos asignados a mujeres y hombres. La mayoría de estudios realizados en este ámbito confirman, al menos parcialmente, los postulados de esta teoría, poniendo de manifiesto una mayor dinámica en el estereotipo femenino (ej., Diekman y Eagly, 2000; García-Retamero, Müller y López-Zafra, 2009; López-Sáez et al., 2008). Este mayor cambio en los estereotipos asignados a las mujeres se explica porque las mujeres han experimentado, a su vez, un mayor cambio en los roles sociales que ocupan en comparación con los hombres (Sczesny, Bosak, Diekman y Twenge, 2008).

Los estudios que recientemente han analizado la influencia concreta de diferentes variables socioculturales y sociodemográficas (ej., Castillo-Mayén y Montes-Berges, 2007; Diekman y Eagly, 2000; Diekman et al., 2005; García-Retamero et al., 2009; López-Sáez y Lisbona, 2009; Rocha-Sánchez y Díaz-Loving, 2005; Wilde y Diekman, 2005), indican, por ejemplo, que el tamaño poblacional incide sobre la aplicación de los estereotipos tradicionales (García-Retamero et al., 2009), o que la edad, sexo y nivel educativo influyen sobre la vigencia de la dimensión prescriptiva de los estereotipos de género, pero no sobre la dimensión descriptiva (López-Sáez y Lisbona, 2009).

El procedimiento habitual en la mayoría de estudios que analizan la estabilidad de los estereotipos de género consiste en presentar un listado de estereotipos que tradicionalmente se han considerado como característicos de uno u otro grupo de género. Sin embargo, este procedimiento puede impedir que se conozca si la evolución de estos estereotipos ha dado lugar a que en la actualidad se incluyan otras características no consideradas hasta ahora estereotípicas. Con la intención de identificar el surgimiento de nuevos estereotipos, en este estudio se utilizó un amplio listado de adjetivos que incluía tanto estereotipos de género tradicionales como otros estereotipos que comúnmente se asocian a hombres o mujeres aunque no suelen incluirse en las investigaciones (ej., “decididos” y “fanfarrones” para los hombres, o “solidarias” y “superficiales” para las mujeres). La identificación de nuevos estereotipos permitiría enriquecer los resultados obtenidos hasta ahora en este ámbito de investigación. Además, teniendo en cuenta los resultados de las investigaciones sobre la dinámica de los estereotipos de género, en las que se observa el efecto de distintas variables sobre su vigencia, en este estudio nos proponemos identificar aquellos estereotipos que en la actualidad se asignan diferencialmente a los grupos de género y cuya percepción como vigentes no se deba al efecto de ninguna característica



sociodemográfica. Para ello, como variables sociodemográficas se tendrán en cuenta algunas de las utilizadas en otros estudios, concretamente el sexo de los participantes, su edad, estado civil, orientación política y religión. De esta forma, este estudio nos permitirá conocer los estereotipos sobre los que actualmente existe un acuerdo en ser considerados como más característicos de uno u otro género, independientemente de las características sociodemográficas de los participantes.

Concretamente, con la finalidad de identificar los estereotipos de género actuales, en primer lugar, se elaboró una amplia escala de adjetivos que contenía tanto los estereotipos de género tradicionales procedentes de la literatura más relevante en este ámbito como otras características que también se suelen utilizar para describir a los grupos de género. De esta escala se realizaron dos versiones que se administraron conjuntamente y de forma contrabalanceada, una para indicar en qué medida tales estereotipos se consideran característicos de las mujeres y otra para indicar en qué medida éstos se consideran característicos de los hombres. Con la intención de favorecer una respuesta sobre la visión de los grupos de género considerados globalmente, y para evitar los efectos de la deseabilidad social y las normas sociales, que incitarían a responder de una forma no estereotípica, se evaluó la asignación de cada adjetivo para los hombres y las mujeres en general según la sociedad actual. Tras comprobar el mantenimiento de la asignación diferencial de los diferentes estereotipos, se analizó el efecto global de las características sociodemográficas sobre la consideración de cada estereotipo como más o menos característico de cada género. Finalmente, se señalaron los estereotipos de género actuales, es decir, aquéllos que se continúan asignando diferencialmente y que se consideran igualmente característicos de cada género independientemente de aspectos como el sexo, estado civil u orientación política de los participantes.



LA IDENTIDAD DE GÉNERO: CONCEPTO Y MODELOS TEÓRICOS

Cuando nacemos somos clasificados en dos grandes grupos: niños y niñas. Cuando crecemos, al mismo tiempo que desarrollamos la conciencia de ser un individuo distinto de los demás, el denominado self existencial, adquirimos el self sexual, la autocategorización como hombre o como mujer, y junto con éste el self de género. La división biológica que traemos conlleva diferencias reproductivas pero no diferencias actitudinales, normativas, conductuales o de roles. Todo ello es producto de la asignación social. La identidad de género es la autoclasificación como hombre o mujer sobre la base de lo que culturalmente se entiende por hombre o mujer (López, 1988a). Es el conjunto de sentimientos y pensamientos que tiene una persona en cuanto miembro de una categoría de género (Carver, Yunger y Perry, 2003). El proceso de construcción del self de género acontece a nivel intraindividual pero se desarrolla en interacción con el aprendizaje de roles, estereotipos y conductas (Barberá, 1998). Esto no implica la asunción de los roles y actitudes de género, puesto que cada persona desarrolla su propio sentido de masculinidad y feminidad (Spence, 1993; Koestner y Aube, 1995). Sobre cómo se produce dicha construcción e interacción hay múltiples explicaciones. Tradicionalmente se han adoptado dos líneas argumentales: 1) aquella que se centra en los procesos internos al sujeto y 2) la que estudia la interacción entre los procesos psicológicos básicos y los factores sociales y situacionales. Dentro del primer grupo se encuentran las teorías cognitivas. Los modelos de interacción sociocognitiva y los denominados modelos sociales, siguiendo a Barberá (1998), se expondrán dentro del segundo grupo.

1. Teorías Cognitivas

Aquí estarían representadas dos líneas de trabajo: la basada en las Teorías Genético-Evolutivas (Piaget, 1966 y Kohlberg, 1981) y las basadas en el concepto de esquema (Bem, 1981; Markus y Oyserman, 1989). Para ambas el elemento central en la construcción de la identidad de género es la autocategorización (López, 1988). Igualmente comparten el énfasis en la estabilidad del constructo género y el papel protagonista de la persona en el proceso identitario.

1.1. L. Kohlberg y J. Piaget

Desde la psicología cognitiva se ha defendido la existencia de tres etapas en el desarrollo de la propia asignación grupal. De acuerdo con Kohlberg (1966), y siguiendo los estadios de Piaget (1966), son: el etiquetaje, la estabilidad y la constancia de género. La primera etapa consiste en la categorización de uno



mismo y de los demás en dos grupos diferentes, hombres y mujeres. Posteriormente el niño comprende que esa categoría a la que pertenece se mantiene a pesar de los cambios superficiales, como ropas o adornos. Por último, se asimila la constancia de género a pesar de la variabilidad situacional. Kohlberg considera que estos estadios acontecen a los dos años el primero, entre los dos y los cinco el segundo y a partir de cinco el tercero, aunque dicha cronología parece ser variable (Slaby y Frey, 1975).

Entre las críticas al modelo se encuentra su acento en la primera infancia obviando el desarrollo y cambios de la identidad de género a lo largo del ciclo vital. Un ejemplo de estos cambios es la tendencia a la androginia en la edad adulta (López, 1988).

Otra de las críticas que se le ha realizado alude a la secuencia. Kohlberg considera que la adquisición de la identidad de género es previa a la manifestación de comportamientos tipificados y de estereotipos de género. Sin embargo, son diversas las investigaciones que recogen comportamientos tipificados y manifestaciones estereotípicas previas al self de género (Golombok y Fivush, 1994).

Por último, plantea una causalidad lineal directa de los estadios genéticos evolutivos: factor partícipe, pero no responsable único en la adquisición de la identidad de género, como exponen otras teorías.

1.2. S. Bem y H. Markus

El esquema, concepto desarrollado por la corriente del procesamiento de la información, sería la estructura que orienta y organiza las percepciones de las personas (Huston, 1983). Una vez que alguien se autocategoriza como hombre o como mujer, procesa e interpreta la información en base a su pertenencia grupal, siendo el contexto el que determina qué es lo adecuado para cada género (Martin y Halverson, 1983).

El esquema supone una estructura que indica roles, estereotipos, conductas, rasgos de personalidad, etcétera (Bem, 1981). Se convierte en el andamio sobre el que se construyen nuestras cogniciones, nuestras evaluaciones y nuestros comportamientos. Desde el momento en que la persona se autoclasifica como miembro de un grupo su interpretación del mundo y de sí mismo va a seguir las directrices del mismo. Puesto que el esquema se aplica de forma automática (Biernat, Manis y Nelson, 1991) es difícil modificarlo, pero a pesar de ello presenta una alta variabilidad interindividual (Markus y cols. 1982; Silka y Maslach, 1987).



Las diferencias entre Bem y Markus provienen de cómo influye el género en el concepto de la persona. Para Markus el autoconcepto de género es el elemento que organiza nuestras vivencias (Markus y cols, 1982); sin embargo, para Bem (1981) el autoconcepto está supeditado al esquema de género. Además, mientras Markus habla de autoconcepto masculino, femenino, ambos o ninguno, Bem discrimina entre personas esquemáticas o no esquemáticas. De acuerdo con esta autora la persona esquematiza interpreta la realidad siguiendo fielmente los constructos de masculinidad y feminidad. Sin embargo, la no esquemática o andrógina, aunque conoce los roles y estereotipos dominantes, actúa e interpreta su entorno con independencia de ellos.

Esta propuesta ha tenido un gran impacto, entre otros factores, por el extenso uso del cuestionario elaborado por Bem para la medición de la identidad de género, el BSRI (1974). Pero también presenta limitaciones. De ellas se puede destacar su incapacidad para explicar qué hace que las personas se identifiquen con mayor o menor intensidad o qué papel juegan las estructuras sociales y las dinámicas grupales en la identidad de género. Son limitaciones que habría que unir a las diversas críticas que ha recibido el concepto de esquema. Los modelos que siguen tratan de subsanar estas deficiencias.

2. Perspectiva social

Tal y como se ha comentado al inicio de esta revisión teórica, este apartado incluye los Modelos de Interacción Sociocognitiva y los Modelos Sociales (Barberá, 1998). Ambos se exponen juntos pues explican el proceso de construcción de género desde la interacción del contexto y los procesos intrasujeto.

2.1 Modelos de interacción sociocognitiva

Esta línea de trabajo se basa en la hipótesis de la profecía autocumplida (Merton, 1948). Se toma como referencia puesto que en ella están presentes todos los procesos que explican el comportamiento humano: cognitivos, motivacionales, comportamentales, estructura social y la situación específica (Barberá, 1998). Cuando dos personas interactúan los elementos intrasujetos de ambos y los sociales entran en interacción. Esta interacción da lugar a una construcción diferente en función del rol que tiene cada una de las personas: el que percibe, el que actúa o ambos. El género sería por tanto una construcción-acción.

Aunque es un proceso que se retroalimenta permanentemente parece empezar con los estereotipos. Éstos, que han sido adquiridos a lo largo del proceso de socialización, condicionan la forma en la que se procesa la información. Por tanto, influyen en la interacción y la construcción de la realidad. Sus diversos



mecanismos de mantenimiento, como el sesgo confirmatorio (Snyder, 1981; Stangor y Ford, 1992), los perpetúan y dificultan su modificación.

En segundo lugar, los esquemas estereotípicos condicionan las actitudes y acciones reforzando las creencias de partida. El "efecto Rosenthal" (Rosenthal y Jacobson, 1968) muestra cómo los individuos no se limitan a prestar atención sesgada a la información para reforzar sus creencias, sino que además son capaces de generar las condiciones necesarias para obtener la confirmación de las mismas (Darley y Fazio, 1980; Snyder, 1981).

En tercer lugar, los comportamientos cierran el ciclo de autocumplimiento. Los procesos de atribución causales propician el reforzamiento de los estereotipos ya que aquellas conductas que no cumplen lo esperado se interpretan como excepciones. De igual forma el error fundamental de atribución facilita que las construcciones de lo masculino y lo femenino se interpreten como propias del grupo de hombres y mujeres, respectivamente, frente a explicaciones más relacionados con factores externos (Barberá, 1998). A partir de aquí se postula la norma de la sociedad que no sólo describe lo usual, sino que también prescribe lo que hay que hacer (Geis, 1993). Los creadores de esta propuesta plantean que para modificar este proceso cíclico es necesario un cambio de roles y una fuerte acción re-educativa (Haslett, Geis y Carter, 1992). La profecía autocumplida, aunque no aborda el proceso de autocategorización e identificación, explica el círculo de retroalimentación entre estereotipos y conducta en la interacción personal; y describe los mecanismos presentes en las interacciones entre individuos con unos roles estructurales determinados. Dicha interacción, como se verá en la perspectiva integradora de Deaux y Martín (2003), es un elemento en la construcción de la identidad de género.

2.2 Modelos sociales

Se van a etiquetar como tales a las Teorías del Aprendizaje Social y las Teorías de la Identidad Social de Género.

a) Las Teorías del Aprendizaje Social (Bandura, 1977; Lott, 1994; Lott y Maluso, 1993; Mischel, 1973). De acuerdo con estas propuestas los procesos a través de los cuales se adquiere el género son los mismos que por los que se adquiere cualquier otra conducta: los de aprendizaje. Estas teorías han analizado el aprendizaje de conductas a partir de los modelos de referencia y del refuerzo recibido. Tres han sido los agentes socializadores principalmente estudiados: los cuentos, la televisión y las figuras progenitoras. Los relatos ilustrados dirigidos a los más pequeños muestran datos nada tranquilizadores. Los análisis de contenido de los cuentos clásicos indican que los chicos son mostrados como "activos, dinámicos y con mayor valor que las chicas". Ellas son "pasivas, limpias,



ordenadas, tranquilas, emotivas, soñadoras, amables y dóciles" (Turin, 1995, p. 7). Los hombres son "responsables, creativos, heroicos, leales y capaces de la amistad y el desinterés". Las mujeres (salvo la madre que cuida y atiende o la princesa que se deja salvar y se casa con el príncipe) son "malévolas, frívolas, explotadoras, derrochadoras y sobre todo estúpidas" (Turin, 1995, p. 8). Sin duda, la frase de una niña de siete años recogida por D'Hont y Vandewiele (1986) muestra el impacto que estos modelos pueden tener sobre los estereotipos, roles e identidades de los más pequeños: "Yo no puedo ser médico, solamente enfermera. Lo pone en mi libro". Respecto a la televisión, la posibilidad de medir su influencia sobre una comunidad no televisiva vino de la mano de Williams, en 1986. Para ello evaluaron los roles de género antes de la implantación de este medio y lo compararon con una medida obtenida tras los dos primeros años de emisión. En ambos sexos se pudo observar la acentuación de los roles tipificados de género. Otros tipos de diseños para evaluar el impacto de la televisión son los que correlacionan los informes de los progenitores sobre el tiempo de visionado televisivo de sus hijos y medidas de prejuicios de género. Pero esta técnica ha arrojado datos contradictorios (véase por ejemplo Zuckerman, Singer y Singer, 1980; Morgan, 1982). En cuanto a las figuras progenitoras se ha hallado correlación entre la feminidad y la masculinidad de los padres con el estereotipo de los hijos (Repetti, 1984). Pero no todo los datos son esclarecedores (véase Maccoby y Jacklin, 1974, 1987). Una posible explicación a estos resultados poco concluyentes puede ser que, tal y como plantea Doyle (1985), los modelos que los más pequeños utilizan como referencia no son sólo los de su grupo sexual. Parece que aquellos con los que tienen una fuerte vinculación afectiva y aquellos que son símbolo de poder y dominio también son figuras a imitar. En general, los datos tienden a reflejar que tanto chicos como chicas imiten más a los modelos masculinos (Slaby y Frey, 1975), una imitación que tal y como se explicará en la SIT (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986) puede ser debida a la búsqueda de una identidad social positiva, ya que éstos son los más valorados. Las teorías del aprendizaje social tratan de explicar cómo, a través de un proceso educativo diferencial, se adquieren patrones conductuales de género. Pero no abordan los mecanismos intrapsíquicos responsables de la adquisición de las conductas ni como éstas influyen en el desarrollo del self. b) Teorías de la Identidad Social de Género. Siguiendo la clasificación realizada por E. Barberá (1998) en este epígrafe se incluyen: la Teoría del Rol (Eagly, 1987), la Teoría de la Identidad Social y de la Autocategorización (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986) y la propuesta integradora de Deaux y Martin (2003). Todas ellas parten de la identificación grupal como eje de la identidad personal y por tanto de género. b.1) Teoría del Rol Social de Género (Eagly, 1987). Una comunidad necesita estar organizada para garantizar los recursos económicos y los medios de subsistencia. Con esta finalidad se dividen las tareas y actividades responsables de la producción, división que necesita de normas que la garantice. Para ello se elabora



un complejo sistema de reglas que asigna responsabilidades y roles a los miembros de la comunidad. Una vez realizada esta segmentación laboral se va a convertir en uno de los pilares básicos de la estructura social, a la vez que establece y regula las diversas relaciones intergrupales. Estas Relaciones también generan desigualdades sociales pues prescriben las diferencias, tanto en el ámbito público como en el privado. Cada uno de los miembros de la comunidad va a adoptar un rol en esta estructura. De acuerdo con Mead (1934), mediante el rol los más jóvenes aprenden a asumir sus funciones y a entrar en la dinámica social en consonancia con los otros miembros. Las normas que rigen este proceso de interacción generan expectativas, pero ninguna sociedad posee un consenso total sobre las mismas. Por consiguiente, parece que los roles sociales son creados gracias a la interacción dinámica entre los ejecutores y el resto de la comunidad. Los papeles sociales (Geis, 1993), junto con sus expectativas, forman parte de los valores culturales e influyen en el comportamiento de las personas. Por ello, a mayor solidez de la estructura social y mayor aceptación de dichas expectativas, más consistencia adquiere la ideología que mantiene el sistema. Se perpetúan así los roles y en consecuencia las desigualdades que éstos conllevan. La separación por roles, que adquiere carácter de norma, presenta un claro efecto sobre la identidad de género, ya que los roles definen la mayoría de las actividades de las personas, así como los mecanismos para participar en la sociedad (Escartí, Musitu y Gracia, 1988). Los roles asignados en función del trabajo son el primer eslabón en la cadena de causalidad: de ellos se deriva la estereotipia y ambos determinan el autoconcepto de género. Cada puesto laboral lleva asociada una serie de demandas necesarias para su desempeño. Si un trabajo es habitualmente desarrollado por hombres se considera que el ser hombre implica esa serie de características: creencias que se plasman en diferencias reales a través de dinámicas de asignación y expectativas. Mediante la asignación se regulan las habilidades y motivaciones de hombres y mujeres orientándolas en la dirección de los estereotipos. Por otro lado, las expectativas generan el esquema de autocumplimiento reforzándolos. Si se estudian las imágenes de género se puede observar cómo la tradicional concepción de mujer (más amable, cariñosa y comprensiva que el hombre) no se mantiene si se describe a una mujer trabajadora en lugar de a una ama de casa (Eagly y Steffen, 1984). Igualmente la ocupación de un puesto de alta responsabilidad en el mundo laboral les hace ser descritas tan independientes como sus compañeros varones, mientras que cuando poseen un trabajo de subordinadas se las considera más sumisas (Eagly y Wood, 1982). Mediante el mismo proceso a los hombres que desempeñan las tareas del hogar se les suponen tan sensibles como a las mujeres en las relaciones interpersonales (Eagly y Steffen, 1984), creencia que no se sostiene si es otra la ocupación. En similar dirección señalan las investigaciones dirigidas a examinar las características que demanda un rol. Mientras a las ocupaciones de bajo estatus se les asignan los rasgos comunales: participantes, tendentes al



contacto, a la apertura, a la unión y la cooperación (Bakan, 1966), a las posiciones más elevadas se les asocian los agentes (Bakan, 1966): iniciativa, control, tendencia a la actividad externa, autoprotección y autoexpansión (Conway, Pizzamiglio y Mount, 1996). Esta teoría recoge muy bien la relación entre rol e identidad, pero su énfasis en el contenido específico de los roles laborales y los rasgos diferenciales de personalidad, agentes y comunales, ha suscitado propuestas alternativas (véase Henley, 1977; Berger y Zelditch, 1985; Ridgeway, 1991; Deaux y Major, 1987). Además no explica las diferencias interindividuales de identidad entre personas que comparten roles y condiciona los cambios de identidad a los cambios de rol.

b.2) La Teoría de la Identidad Social y Teoría de la Autocategorización (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986). Henri Tajfel explica cómo se construye la identidad social de las personas desde los mecanismos cognitivos y motivacionales presentes en las interacciones grupales. De acuerdo con este autor la identidad se define como "aquellos aspectos de la propia imagen del individuo que se derivan de las categorías sociales a las que percibe pertenecer" (Tajfel y Turner, 1986, p. 16), de tal forma que al definirnos como mujer u hombre estamos apelando a nuestra identidad social de género. La construcción de la misma supone un proceso de auto-estereotipaje por el que las actitudes, normas y conductas comunes al grupo de pertenencia pasan a formar parte de la identidad personal. El primer proceso del que parte es la categorización. Las categorías sociales, además de facilitar el procesamiento de la información, llevan asociadas una valoración positiva o negativa. Es dicha valoración la responsable del nacimiento de la identidad social del sujeto. Tajfel, mediante el paradigma de grupo mínimo, halla que la mera y simple conciencia de pertenecer a un grupo conduce al favoritismo intragrupal y la discriminación intergrupala (Brown, 1985; Richardson y Cialdini, 1981; Tajfel, 1978, 1981, 1982; Turner, 1978, 1987;). La base de esta discriminación automática es la búsqueda de una identidad social positiva. El endogrupo sólo tiene valor si se percibe como superior al exogrupo, mediante la discriminación se facilita la diferenciación categórica y así se consigue la anhelada identidad social positiva. Este doble efecto, favoritismo - discriminación, se vale del proceso de comparación social para la consecución y el mantenimiento de la identidad positiva (Turner y Oakes, 1986). Dicho proceso no requiere de un conflicto (Tajfel, 1982), sino que parece poseer un carácter espontáneo (véase Haeger, 1993). Es la valencia de las categorías y la motivación por una identidad socialmente valorada lo que va a condicionar cuán identificados nos sentimos con nuestro grupo. Si en el proceso de comparación social nuestro grupo posee un bajo estatus pondremos en práctica estrategias para salvaguardar la identidad grupal y la autoestima. Estas estrategias van a depender de tres factores. El primero es la permeabilidad versus impermeabilidad entre los límites de los grupos. El sexo es una característica no permeable, lo que hace rígido e inflexible el paso entre las fronteras grupales. El segundo factor es la estabilidad versus inestabilidad en las



diferencias de estatus, que alude a la posibilidad de cambio. Por último, tenemos la legitimidad versus ilegitimidad, basado en la percepción de injusticia y arbitrariedad de la situación social (Tajfel y Turner, 1986). De acuerdo con este planteamiento las mujeres, grupo impermeable, inestable e ilegítimo, deben optar por la creatividad social, la redefinición de las características y/o la competición social. Han sido estrategias adoptadas por el movimiento feminista desde sus orígenes. La teoría de H. Tajfel trata de explicar los cambios sociales derivados de los conflictos entre el individuo y la estructura social. Para ello recurre a los procesos psicológicos universales. La Teoría de la Identidad Social (SIT) también ha sido la cuna de otras propuestas como ocurre con la Teoría de la Autocategorización (SCT) (Turner, 1985; Turner y otros, 1987). En ella se considera al autoconcepto un componente del sistema psicológico etiquetado como Yo. El Yo no lo forma un único autoconcepto, sino que hay distintos para las diversas situaciones, de tal forma que se activan unos u otros en función del contexto y momento concreto. Por tanto ante estímulos similares el sujeto se autocategoriza, es decir categoriza su Yo, como miembro o no del grupo. Dichas categorías poseen una estructura jerárquica con al menos tres niveles relevantes para el autoconcepto social, niveles que se relacionan entre sí. El más externo, que abarca a los siguientes, es el nivel supraordenado donde están las categorizaciones ligadas a la identidad humana frente a otras especies, en el segundo nivel se encuentran las categorías vinculadas a la diferenciación endogrupo - exogrupo y en el eslabón más subordinado residen las categorizaciones personales del Yo, las que recogen las diferencias interindividuales con los demás miembros del grupo. La categorización está condicionada por el proceso de comparación, al mismo tiempo que éste depende de aquélla. Luego, el contexto de referencia va a determinar la formación de las categorías. De acuerdo con Turner (1987) la autopercepción es parte de un continuo que varía desde la identidad personal hasta la identidad grupal. Ambas teorías han recibido diversas críticas (para una mayor revisión véase Brown, 1995, 2000 y Turner, 1999), de las cuales se va a tratar una: su psicologismo. La SIT, a pesar de considerar el contexto, pues tiene en cuenta la presencia de otros grupos, no explica bien ni presta suficiente atención al entorno social (Hogg y cols., 1995). No distingue entre las categorías sociales y el contexto inmediato de interacción social, mezclando todas las posibles interacciones sociales (Thoits y VirsREVISIÓN IDENTIDAD DE GÉNERO: MODELOS EXPLICATIVOS / PATRICIA GARCÍA-LEIVA hup, 1997). También se le ha criticado que, al ser una teoría que trata de explicar los conflictos grupales, simplifica la feminidad y trivializa la relación entre hombres y mujeres (Skevington y Baker, 1989). Por su parte la SCT considera el contexto inmediato, pero las características de éste dependen de la percepción del sujeto (Deaux y Martín, 2003) desplazando nuevamente el papel agente a los factores psicológicos frente a los sociales. La Teoría de la Identidad Social es, sin lugar a dudas, una de las más elaboradas y



completas de todas las expuestas. Su análisis grupal a partir de aspectos cognitivos y motivacionales le ha proporcionado unos principios amplios y flexibles. En palabras de Brown (2000), a pesar de las limitaciones que se le han observado, esta teoría representa un desafío para las nuevas investigaciones, puesto que posee los pilares adecuados sobre los que poder construir una explicación adecuada de tan complejo proceso. b.3) Propuesta integradora de Deaux y Martin (2003). Ambas autoras hacen una revisión de dos de las disciplinas centradas en el estudio de la identidad: la sociología y la psicología. De cada una de ellas eligen la teoría más relevante en la explicación de la construcción de la identidad: la Teoría de la Identidad de Stryker (1980), en sociología, y la Teoría de la Identidad Social (Tajfel, 1981 y Tajfel y Turner, 1986), en Psicología. A partir de ambas plantean una solución integradora que finalice con el eterno debate sociedad versus individuo. Puesto que la SIT se ha abordado en el apartado anterior se va a esbozar brevemente la IT (Teoría de la Identidad) para así comprender mejor esta propuesta. La Teoría de la Identidad (Stryker, 1980). Para la IT el proceso de identificación tiene lugar en la interacción entre los roles complementarios de una estructura específica (Stryker, 1980; Stryker y Serpe, 1982). De acuerdo con esta teoría la identidad es aquel conjunto de significados compartidos por un sistema. Dichos significados se interiorizan a través de los roles (Deaux y Martín, 2003). El origen de la identidad está en la estructura social y su función es mantener el orden establecido (Thoits y Virshup, 1997). Puesto que la estructura potencia las interacciones dentro de los límites definidos por ella e inhibe las demás, propicia el status quo de los roles (Stryker, 1997). Sus autores distinguen tres niveles dentro de la estructura social. El nivel más general (large-scale) hace alusión a las variables sociodemográficas: edad, sexo, etnia y estatus económico. El nivel intermedio serían aquellas estructuras sociales organizadas como el colegio, el barrio, o el trabajo, en las que se adopta un rol concreto, rol que va a depender de la large scale. Es decir, si se toma la categoría sexo, mujeres y hombres van a adoptar roles distintos dentro del mismo ámbito laboral. Por último, el nivel próximo sería aquel contexto inmediato donde se producen las interacciones personales más cercanas. Son los roles adoptados en este nivel los que se interiorizan configurando la identidad. Dichos roles están determinados por las categorías sociodemográficas a las que se pertenece (Stryker, Serpe y Hunt, 2000). Según la IT el determinismo de variables físicas y sociales actúa por igual en todos los miembros del grupo. Esta es una de las limitaciones que presenta la teoría sociológica. Tal y como muestran los estudios de la SIT, hay diferencias en la identificación de las personas con su grupo, pues quienes pertenecen a grupos de alto estatus se identifican más con el mismo que los de bajo estatus. Tampoco explica los procesos intraindividuales presentes en la identificación (Deaux y Martín, 2003) y cae casi en el inmovilismo de la identidad, ya que sus posibles cambios están sujetos a las modificaciones del rol (Hogg y cols. 1995). Una propuesta integradora (Deaux y Martín, 2003). Esta



ALCANZANDO TUS METAS SE CUMPLIRAN TUS SUEÑOS...

propuesta quiere unir el análisis estructural de la IT, concretamente va a considerar el nivel más amplio de la estructura social (large scale) y el contexto inmediato de interacción, pero teniendo en cuenta los procesos cognitivos explicados por la SIT y la SCT en cada uno de estos niveles. El primer elemento a explicar es la large scale o categorías. Al igual que lo define Stryke son aquellas categorías sociodemográficas que estructuran los grandes segmentos sociales. La identificación personal con estas categorías proporciona una red de interacción entre individuos que poseen los mismos significados. Además también facilita un contexto de comparación social donde, como indica la SIT, variables como el estatus pueden condicionar y motivar cambios en la identidad grupal. El segundo elemento, la interacción interpersonal, alude a las interacciones que se producen cada día con las personas con las que compartimos una identidad categorial. En ellas se adoptan roles interdependientes que reproducen y refuerzan la identidad socialmente definida. Nuevamente en estas redes están presentes los mecanismos cognitivos explicados por la SIT. La identificación está condicionada por la búsqueda de una identidad social positiva, por ello si el grupo es de bajo estatus la persona pondrá en marcha diversos mecanismos para salvaguardar su autoestima e identidad grupal. Las mujeres, tal y como se expuso en la SIT, al ser el grupo de menor estatus tratan de redefinir sus características y competir socialmente. Luego la identidad social es dinámica y se encuentra en un continuo proceso de negociación. Las interacciones grupales pueden reforzar o propiciar la identidad de un individuo dentro de su propio grupo. Frente a la estabilidad del nivel large scale, en la interacción interpersonal hay una continua reinterpretación de los significados de una identidad en un contexto concreto. De acuerdo con este modelo el self es agente y producto a la vez. Los hombres y mujeres de acuerdo con la estructura social establecida son asignados a distintos grupos en base a su diferente apariencia sexual. Cada grupo lleva asociado una serie de pautas de sociales, comportamentales y psicológicas que aprenden. Por lo que se diría que el sí mismo es una adscripción colectiva. Pero las personas en sus interacciones guían su proceso de identificación por lo que es también una construcción subjetiva. Este modelo es sin duda una interesante propuesta que supera las tendencias reduccionistas de la mayoría de las teorías pero como recogen sus autoras aún necesita apoyo empírico (Deaux y Martín, 20)

<https://www.redalyc.org/pdf/2710/271020873007.pdf>

<file:///D:/Users/USUARIO/Downloads/identidad%20de%20g%C3%A9nero.pdf>